



# Y EL RIO MURIO...

DAVID MARIA TELLECHEA SANTAMARTA

La agonía fue lenta. «Me-muero-ayudadme». El río lloraba agua sucia. Y su voz fue apagándose. Ya no suena la corriente en su choque con las piedras del lecho. Su eterna canción que salpicaba el aire... «Me-muero-ayudadme». Empezaba a oler. Y sufría. Yo sufría de ver y oler aquello. Casi no nos dábamos cuenta. Se moría. Y no queríamos/podíamos ayudarle.

Llegaron las máquinas. Y quitaron las piedras, escamas del monte. Y ya el agua enmudeció. «Me-muero-ayudadme». Su tenue voz, apenas se oía. Sólo el corazón conectaba con el río. «Te-escucho-aguanta-te-salvaremos». Pero yo no podía/quería. Y poco a poco, sus aguas se fueron tiñendo de oscuro.

Y aquellas angulas, o sus hijas, o las hijas de sus hijas... Ya no volvieron a subir por el río. Ni los corcones... Ni los niños que se bañaban envueltos en gritos y salpicaduras. En fiestas, se organizaban cuecañas. Y el río amoroso, reía con su voz de agua de siglos y festejaba a su manera. Y el «Centenario», barco melodioso, se hundía bajo el puente. Y fluía hacia el mar, hacia la eternidad.

«Me-muero-ayudadme».

Yo también, río mío, yo también. Al menos, algo dentro de mí, ha muerto. Tu voz de agua clara, pupilas de roca que te vio nacer, sólo es el recuerdo de la montaña, tu padre. Peña de Aya. Valle de Oyarzun que te bautizó. Riegas mi tierra, mi patria, mis huertas, mi espíritu.

Hoy, cadáver hediondo, sucio y despreciado. Ni siquiera te observa nadie desde la barandilla. Pasas como avergonzado. Silencioso. Y las ratas acechan tus orillas. Das asco.

¿Por qué? ¿Cuál ha sido tu culpa...? Ninguna. Eres cauce de errores, abusos e incompreensión.

¿Con qué derecho te han convertido en un estercolero? Y todos callábamos. ¿En una cloaca inmunda? Y todos callábamos. ¿En un vertedero de desechos industriales? Y todos callábamos. Y tú, mientras tanto, llorabas agua de polución y porquería.

¿Qué queda de la senda acuífera por donde circulaban las antiguas galeras? Y las voces de aquellos recios marinos, al llegar a «Alaberga». Y el muelle donde amarraban los buques. Y tus aguas mezcladas con las del mar. Olor a yodo y sabor a lejanías azuladas. ¿Dónde están? Enterradas en el olvido, bajo una pesada capa de indiferencia y mugre.

Y así, el río limpio se tornó sucio. El río alegre, sinfonía de piedras y agua, se volvió triste y melancólico. El río amoroso, fluído de vida, amparo de peces, se hizo veneno. El río refrescante, el río de niños y zambullidas y risas/lloros de alegrías/miedos, se fue por la mar hacia el horizonte.

Yo me acuerdo mucho de mi río. Cada vez que pienso en mi pueblo, sus aguas refrescan mis recuerdos. Es posible que lo idealice demasiado. Quizás nunca ha sido como quisiera que fuese. Pero, es mi río. Mi hermano. Me gustaría aplicarle la respiración artificial. Resucitarlo. Y limpiar sus aguas. Y volver a ver los peces, las angulas, los corcones. Y los niños bañarse en «Presa».

Quizás sea demasiado tarde. Es posible que su muerte sea definitiva. Entonces no queda más que enterrarlo bajo cemento y cantar el «requiem».

Y recordar de vez en cuando su sonido al chocar con las piedras, sus aguas claras y sus orillas arboladas. Y transmitir nuestro pésame a sus padres: Peña de Aya y Valle de Oyarzun. Amén.